

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Desde la Santísima Trinidad hasta el domingo
17 del tiempo ordinario, ciclo A

*Con las solemnidades: Santos Pedro y Pablo
y Santiago*

Del 4 de junio al 30 de julio de 2023

SOLEMNIDADES DEL SEÑOR

Santísima Trinidad

Primera lectura: Éxodo 34,4b-6.8-9

Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso.

En la tercera parte del libro del Éxodo (Ex 19–40) Israel se encuentra en el Sinaí. Nuestro fragmento forma parte de los capítulos 32–34, los cuales constituyen la tercera sección de esta gran unidad. Después del trágico episodio del becerro de oro y de la intercesión de Moisés por el pueblo, llega el momento de renovar la alianza en la montaña sagrada.

Moisés sube al Sinaí con las dos tablas de piedra en las manos y Dios baja a su encuentro. A Moisés, que quería ver la gloria divina, Dios se le manifiesta proclamando su propio nombre seguido de sus atributos: compasivo y clemente, paciente, misericordioso y leal. Un nombre que indica el estrecho vínculo que une a Dios con su criatura, revela la bondad y ternura divinas para con el ser humano y su acción liberadora en favor del pueblo elegido (v. 6; la explicación del nombre continúa en el v. 7, pero el leccionario lo omite).

Moisés, el intercesor, suplica a este Dios que perdone al pueblo con esta oración realista y esperanzada al mismo tiempo: «Aunque ese es un pueblo de cerviz dura, perdona nuestras culpas y tómanos como heredad tuya» (v. 9). El uso de la primera persona plural por parte de Moisés quiere indicar que él también es parte de ese pueblo.

Primera lectura: 2 Corintios 13,11-13

La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo.

La segunda carta a los Corintios fue escrita en otoño del año 57 dC desde Éfeso, con el objetivo de paliar la difícil situación de esa comunidad que rechazaba abiertamente la autoridad de Pablo por medio de acusaciones, insultos y calumnias.

Nuestro fragmento recoge la conclusión de la carta que contrasta fuertemente con el texto precedente. La exhortación a la alegría («Alegraos, trabajad por vuestra perfección, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz...») parece estar fuera de lugar después de la fuerte polémica descrita en 10,1–13,10 conocida como la auto-defensa o apología de Pablo. Por eso, algunos estudiosos creen que los capítulos 10–13 pertenecen a otra carta que se añadió a los capítulos 1–7, cuya conclusión sería precisamente 13,11-13.

El v. 13 es un saludo trinitario con que el celebrante recibe a los fieles en la celebración eucarística. Los bienes de la salvación (gracia, amor y comunión) son atribuidos a cada una de las tres personas de la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo).

Evangelio: Juan 3,16-18

Dios mandó su hijo al mundo, para que se salve por él.

Este texto forma parte del diálogo nocturno entre Jesús y Nicodemo, un docto representante del judaísmo que se convierte en símbolo de las personas que buscan con corazón sincero. Tres momentos se suceden en este diálogo. En el momento inicial, Nicodemo reconoce la autoridad de Jesús en las obras que realiza, pero a Jesús no le basta un reconocimiento que se apoya solamente en los signos visibles (Jn 3,1-3); a continuación, Jesús le explica que para aceptarle como enviado del Padre hay que «nacer de arriba» y este nacimiento, obra del Espíritu, se realiza en el bautismo (Jn 3,4-8); por último, Jesús le describe el proyecto divino de salvación (Jn 3,9-21).

Nuestro fragmento se sitúa en esta última fase del encuentro. Se compone de tres versículos muy densos a nivel teológico. El v. 16 afirma el amor de Dios por el mundo. En el vocabulario joánico el término «mundo» presenta una acepción distinta de la nuestra, pues se refiere a la humanidad en situación de pecado, a los seres humanos necesitados de salvación. El amor de Dios, sin límites ni prejuicios, consiste en «entregar» a Cristo al mundo, para que el que cree alcance la vida eterna. Al llamar a Cristo «hijo unigénito» de Dios, el autor del cuarto evangelio reconoce a Dios como Padre, y en eso consiste la principal enseñanza de Jesús.

El amor del Padre busca la salvación del mundo, en ningún caso su condena («juicio» según el leccionario). Y la salvación llega por medio de Jesucristo, expresión del amor de Dios a la humanidad (v. 17).

Si en los versículos anteriores hemos leído dos afirmaciones sobre Dios con sus respectivos objetivos (la vida eterna para los que creen y la salvación del mundo), en el v. 18 las afirmaciones se refieren a las personas, a las creyentes y a las no creyentes. «Creer» en el cuarto evangelio tiene un significado muy amplio y profundo muy cercano al amor y a la entrega de sí mismo. Creer es responder en positivo al amor de Dios que se hace presente en Jesucristo. El que cree en Cristo se une a él (cf. 15,1-11) y entra en comunión de vida con Dios. Por el contrario, el que rechaza la fe negándose a creer de manera consciente ha escogido su destino: ya está condenado («juizado» en el leccionario).

Cuerpo y Sangre de Cristo

Primera lectura: Deuteronomio 8,2-3.14b-16a

Te alimentó con el maná, que tu no conocías ni conocieron tus padres.

El libro del Deuteronomio (en griego, «segunda ley»), más que un código legislativo, es un conjunto de exhortaciones y de llamadas a Israel para que se mantenga fiel a la ley del Señor en todo momento. Se compone de tres discursos de Moisés más un apéndice. Nuestra lectura está tomada del segundo discurso (4,44–28,68), más concretamente de su larga introducción que se extiende desde 4,44 hasta 11,32. Forma parte del capítulo 8, un pasaje exhortativo en segunda persona, cuyo tema principal es la tierra como don del Señor. La tierra prometida a la que se refiere el autor es la tierra de Canaán que contrasta ya sea con el desierto ya sea con el país de Egipto, «la casa de esclavitud».

A diferencia de los profetas, que consideraban la estancia en el desierto como una época ideal (cf. por ejemplo Os 2,16), el autor del Deuteronomio presenta el desierto como un lugar inhóspito y hostil que reduce al pueblo a las necesidades mínimas para sobrevivir. Dios aprovecha esta circunstancia para probarlo con el hambre, la sed y sus mandatos. Si Israel desea entrar en la tierra prometida y conquistarla, deberá observar los mandamientos del Señor. Esta fidelidad va estrechamente unida al recuerdo vivo y actual de los cuarenta años de travesía por el desierto (vv. 2.14b-16a). Esta marcha se convierte para el pueblo elegido en un largo aprendizaje, una dura prueba que responde a un claro objetivo pedagógico de Dios: «para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre sino de todo cuanto sale de la boca de Dios» (v. 3).

Segunda lectura: 1 Corintios 10,16-17

El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo.

En la sección de la carta que va de 7,1 a 10,33, Pablo aborda dos problemas concretos que habían surgido en la comunidad de Corinto: la posición del cristiano ante la virginidad y el matrimonio y el comportamiento que debe adoptar en los banquetes paganos. Nuestro breve fragmento forma parte de 10,14-22, un pasaje donde el apóstol rechaza abiertamente la idolatría (no se puede pactar con ella bajo ningún concepto) y explica que la eucaristía excluye los banquetes paganos.

Los vv. 16-17 tratan el tema de la unidad y de la comunión en la celebración eucarística. La expresión «el cáliz de bendición» (en el leccionario, «el

cáliz de nuestra acción de gracias») hace referencia a la copa sobre la que Jesús pronunció la bendición en la última cena con los doce apóstoles (cf. 11,23-26).

En una comunidad dividida por diversos grupos, facciones y líderes rivales, Pablo subraya el estrecho vínculo de unidad que en la eucaristía se establece entre Cristo y el creyente así como entre todos los cristianos entre sí.

Evangelio: Juan 6,51-58

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

El capítulo 6 es uno de los textos más densos a nivel teológico de todo el cuarto evangelio. Su autor se ha inspirado en dos páginas del Antiguo Testamento: el relato de la multiplicación de los panes realizada por Eliseo (2Re 4,42-44) y el episodio de Moisés alimentado al pueblo en el desierto (especialmente Nm 11,13 y 22). Jesús actúa como un nuevo Moisés, pero el pan que dará al pueblo simboliza algo mucho más profundo que el maná del desierto: la vida eterna.

Juan 6, que contiene dos signos y un largo discurso que Jesús pronuncia en la sinagoga de Cafarnaún, se articula en cuatro partes: Jesús manifiesta su poder a la multitud con la multiplicación de los panes (vv. 1-15, primer signo), Jesús manifiesta su poder a los discípulos caminando sobre el mar (vv. 16-21, segundo signo), Jesús revela su identidad con el discurso del pan de vida (vv. 22-59) y, por último, la crisis de los discípulos ante las palabras del maestro (vv. 60-71).

Nuestro fragmento (vv. 51-58) recoge la última parte del discurso de Jesús que, como opinan los estudiosos, encajaría mejor en el contexto de la última cena de Jesús con los discípulos. Aquí es Jesús mismo quien se da en comida y bebida y la respuesta de la persona es comer su carne y beber su sangre.

A diferencia de los sinópticos, en el cuarto evangelio la fórmula eucarística tiene un marcado carácter cristológico: el pan no es el «cuerpo», sino la «carne» de Jesús (cf. 1,14) y la salvación adquiere una dimensión cósmica universal (vv. 53-55).

Cada vez que se participa en la eucaristía se establece entre el creyente y Cristo una relación de intimidad igual a la que existe entre Jesús y el Padre (v. 57). Dicha relación recíproca se expresa con unas fórmulas típicas del lenguaje de Juan: «estar en», «permanecer en», «habitar en», «vivir en» que se llaman fórmulas de inmanencia, pues designan la presencia interior de un sujeto en el otro: «el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él», dice Jesús (v. 56).

TIEMPO ORDINARIO

Domingo 2 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 49,3.5-6

Te hago luz de las naciones para que seas mi salvación.

Esta lectura presenta un extracto del segundo «cántico del siervo» (Is 49,1-6), un texto de difícil interpretación, donde el mismo siervo cuenta y justifica la comprometida misión que Dios le ha confiado. El problema de la identidad del siervo (cf. el primer cántico, Is 42,1-7) aquí se agrava porque, por un lado, es identificado con Israel (v. 3) y, por otro, tiene que desempeñar una función en favor del pueblo (vv. 5-6).

Sea como sea, el poema insiste de nuevo en la llamada, investidura y misión del siervo. Después de ordenar a los pueblos lejanos (las islas) que escuchen atentamente (v. 1), el siervo describe, en primera persona singular, la llamada que ha recibido del Señor y su función en Israel. A continuación comunica una afirmación que Yahvé ha hecho sobre él (v. 3: «Tú eres mi siervo Israel de quien estoy orgulloso») a la que él responde, en un primer momento, expresando su frustración, depresión y fracaso en la misión y, luego, mostrando su confianza en Yahvé (v. 4). Por medio del siervo conocemos la respuesta del Señor que después de una larga fórmula de introducción (v. 5), se concreta en el v. 6. Allí se nos dice que el Señor extiende su misión también a las naciones paganas. La misión del siervo es, pues, una misión universal: llevar a todos los pueblos del mundo la verdad y la salvación de Dios.

Segunda lectura: 1 Corintios 1,1-3

Gracias y paz os dé Dios nuestro Padre y Jesucristo nuestro Señor.

La primera carta a los Corintios, cuya lectura hoy iniciamos, es uno de los grandes textos paulinos. Escrita probablemente alrededor de la Pascua del año 57, es una especie de radiografía de la comunidad preferida de Pablo y, a la vez, la más hostil al apóstol, la que más problemas le causó.

En su saludo inicial, formulado en griego (*kharis*, «gracia») y en hebreo (*shalom*, «paz»), Pablo se presenta como apóstol de Jesucristo y describe la comunidad de los creyentes como santa, es decir, consagrada al ministerio y al testimonio por medio del bautismo.

Evangelio: Juan 1,29-34

Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Inmediatamente después del Prólogo (1,1-18), el cuarto evangelista describe el testimonio de Juan el Bautista (1,19-34), al que seguirá el testimonio de los discípulos (1,35-51). Ambas escenas están situadas en el Jordán, lugar del bautismo.

Las palabras que en nuestro texto el Bautista dirige a Jesús remiten al v. 7 del Prólogo («Este [Juan] vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por él») a la vez que lo explicitan ulteriormente. La primera afirmación del precursor es sorprendente, porque aplica a Jesús un título inaudito: «cordero de Dios». Este título es la primera confesión cristológica del evangelio y evoca el sacrificio del cordero pascual, memoria de la salida de Egipto y signo de la liberación que los judíos celebraban cada año en la fiesta de Pascua. «Cordero de Dios» también hace alusión al siervo de Yahvé de Is 53,6-7. La figura del siervo representa el pueblo de Israel y sus muchos sufrimientos son vía de salvación para muchos. De esta manera, el evangelista deja entrever desde el inicio el destino de muerte que espera a Jesús (cf. Jn 19,30), el redentor del mundo que, cargando sobre sí todos los pecados de la humanidad, trajo la salvación para cada ser humano.

En el v. 30 Juan Bautista afirma la trascendencia de Cristo mediante una expresión enigmática que juega con la categoría del tiempo. Aunque la manifestación de Jesús es posterior a la del precursor, la importancia de Jesús es mucho mayor porque le precede en el tiempo (cf. 1,1-2 sobre la preexistencia del *logos*). Aunque antes de la teofanía en el Jordán, Juan no conocía el origen divino de Jesús, se mantiene firme en su misión de precursor. Su único objetivo es que Israel conozca a su salvador (v. 31).

Juan «da testimonio» porque «ha visto». En el cuarto evangelio «ver» expresa una experiencia personal e intransferible. Sólo quien ha visto puede dar testimonio. Juan ha contemplado al Espíritu bajar del cielo y posarse sobre Jesús (v. 32) y por eso lo puede testimoniar. Juan está convencido de su vocación (bautizar con agua), pues se la confió el mismo Jesús que ha venido a «bautizar con Espíritu Santo» (v. 33).

«Yo lo he visto y he dado testimonio» repite el Bautista en el v. 34. Su reconocimiento de Jesús como «Hijo de Dios» es implícito. El evangelista hace alusión a la teofanía que ha acompañado el bautismo de Jesús, del que dan testimonio los evangelios sinópticos. En todos ellos se oye una voz del cielo que proclama a Jesús «Hijo de Dios».

Domingo 3 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 8,23b–9,3

En la Galilea de los gentiles el pueblo vio una luz grande.

Situado en el «Libro del Emmanuel» (Is 6–12), nuestro fragmento es un oráculo mesiánico que anticipa el texto isaiano que cita Mateo en el evangelio. La humillación de las tribus del Norte mencionada en el v. 23b se refiere a la invasión de Galilea por parte de Tiglat-Pileser III (s. VIII aC). Este soberano asirio ocupó gran parte del territorio de Israel, incorporándolo a su imperio. Después de la caída de Samaria, deportó a sus habitantes y ordenó la colonización del país con gentes provenientes de otras partes del imperio.

Frente a esta situación de opresión, Isaías profetiza la liberación de Galilea, la tierra de los gentiles, por medio de sugestivas imágenes. En los vv. 1-2 la luz y la alegría ocupan toda la escena. La luz cancela las tinieblas, símbolo del caos y de la muerte, y abre paso a una nueva creación dominada por la alegría. La alegría se expresa mediante dos imágenes opuestas que pretenden abarcar la vida de una nación en sus momentos de paz y de guerra: la alegría de la siega, símbolo de la paz, y el gozo de la victoria después de la lucha, representado en la repartición del botín. El tema del v. 3, en cambio, es la libertad expresada por medio de símbolos relativos a la esclavitud: la vara, el yugo y el bastón del opresor son quebrantados como en la noche triunfal en que Gedeón venció a los madianitas (cf. Jue 7–8).

Segunda lectura: 1 Corintios 1,10-13,17

Poneos de acuerdo y no andéis divididos.

Después del saludo (1,1-3) y la acción de gracias (1,4-9), Pablo aborda uno de los muchos problemas que había en la comunidad de Corinto: la división de los cristianos en distintos grupos atraídos por la simpatía o la habilidad oratoria de sus respectivos líderes: Apolo (cf. Hch 18,24-28), Pedro (cf. Jn 1,42), el mismo Pablo...

«Yo soy de Cristo» (v. 12), expresión que algunos entienden en clave irónica, más que indicar un grupo determinado, es la respuesta de Pablo que invita a mirar a Cristo y no a los líderes humanos. Entre los cristianos hay un solo guía, un solo maestro, una sola fuente de sabiduría: Jesucristo.

El anuncio de la salvación no requiere grandes cualidades retóricas (v. 17). Dios utiliza medios que no corresponden a la lógica humana para poner en evidencia que es él quien actúa en los corazones, predisponiéndolos a acoger la buena noticia.

Evangelio: Mateo 4,12-23

Vino a Cafarnaún para que se cumpliera lo que había dicho el profeta.

Empezamos hoy la lectura continuada del evangelio de Mateo con una página que introduce la primera parte del mismo: la misión en Galilea (4,12–16,20). La nota redaccional de 16,21, donde Jesús anuncia por primera vez su pasión, indica el inicio de la segunda parte del evangelio: el camino hacia la pasión y muerte en Jerusalén (16,21–28,20).

Este fragmento evangélico indica cuatro aspectos de la actividad pública de Jesús: el lugar (vv. 12-16), el tema central de su predicación (v. 17), la elección de los primeros discípulos (vv. 18-22) y un sumario o resumen de su actividad (v. 23). Teniendo en cuenta que los vv. 18-23 son de lectura libre, concentramos nuestra atención en la primera parte del texto (vv. 12-17).

Después del silencio de Nazaret, Jesús escoge Cafarnaún, una modesta población pesquera a orillas del lago de Genesaret, como centro de su actividad evangelizadora. De allí se desplazará hacia otros pueblos donde había vivido desde su infancia. Cafarnaún se encuentra en la baja Galilea, una región que tradicionalmente había sido muy pagana ya desde tiempos antiguos, pues Isaías se refiere a ella como «el distrito de los gentiles» (cf. primera lectura). Dicha expresión la retoma Mateo en su evangelio para reafirmar su carácter pagano aún en tiempos de Jesús. Es muy significativo, pues, que la proclamación del Evangelio no empiece en la capital sino en una comarca provinciana y de poco rango (pagana, pobre, sin tradición y donde se habla dialecto).

Dos expresiones resumen el tema fundamental de la predicación de Jesús: «Convertíos» y «el Reino de los cielos está cerca» (v. 17). El imperativo «convertíos», frecuente en los oráculos proféticos, es una invitación a rectificar el camino, a cambiar de vida, a optar por el Señor. Convertirse implica hacer una opción de vida de acuerdo con el Evangelio. El motivo de la conversión es la proximidad del «Reino de los cielos». Ésta es una expresión típicamente mateana equivalente a aquella utilizada por Marcos y Lucas en sus evangelios: «Reino de Dios». Ambas indican una realidad trascendente centrada en Dios y los valores del espíritu.

Domingo 4 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Sofonías 2,3; 3,12-13

Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde.

Sofonías ejerció su ministerio profético durante el reinado de Josías, hijo de Amón. Fue esta una época breve pero gloriosa para el reino de Judá que alcanzará su auge con la reforma religiosa del 622 aC sostenida por el rey Josías y el profeta Jeremías. Es probable que Sofonías ya hubiera terminado su misión antes de este acontecimiento histórico. Por eso, su predicación trasluce este clima de espera. Se dirige a un pueblo sumido en un inmenso letargo político, social y religioso, antes de que en el horizonte despunte el celo reformador de Josías. Su mensaje se articula alrededor del juicio implacable de Dios que caerá sobre los que han traicionado la fe en Yahvé y la esperanza de salvación para todos los marginados y pobres del país (los *'anawim*).

«Buscad al Señor los humildes» (2,3). Es a través de estos humildes (pobres) que buscan la justicia y la moderación que nacerá «un pueblo pobre y humilde» (3,12) que, sin embrago, se dedicará con alma y cuerpo a la realización del gran proyecto que Dios, junto con la humanidad, quiere construir en la tierra.

Segunda lectura: 1 Corintios 1,26-31

Dios ha escogido lo débil del mundo.

Al principio de la carta (1,18-31), Pablo introduce la contraposición entre la falsa y la auténtica sabiduría. Es decir, entre la sabiduría del mundo, entendida como especulaciones lógicas e inútiles artificios retóricos, y la sabiduría de Dios que es el mismo Cristo Jesús. El texto se divide en dos partes: el lenguaje de la cruz (vv. 18-25) y la situación de los creyentes (vv. 26-31).

Pablo no dice que Cristo sea la sabiduría, sino que la salvación (concretada en justicia, santificación y redención) llega a través de Jesús crucificado. La sabiduría de Dios no se manifiesta en hazañas gloriosas o doctrinas esotéricas que tanto gustan al ser humano, sino en la cruz y la predicación de la cruz. En la debilidad extrema y el fracaso estrepitoso, la sabiduría de Dios es más potente que todas las sabidurías humanas. Aún más, ella es la fuente de nuestra vida. Así, Cristo crucificado expresa en su mismo ser y en su vida la sabiduría de Dios.

La lección que se deduce de esta teología de la cruz es indiscutible: nadie puede gloriarse en presencia del Señor; y quien se gloríe que lo haga en el Señor (vv. 29 y 31).

Evangelio: Mateo 5,1-12a

Dichosos los pobres de espíritu.

En Mt 4,23 leemos que Jesús recorría Galilea anunciando el evangelio y curando a los enfermos. A estas dos facetas de su actividad misionera están dedicados los cap. 5-7 («el Sermón de la Montaña») y 8-9 («curaciones del Reino») del evangelio de Mateo respectivamente.

Las Bienaventuranzas (5,1-12) introducen y sintetizan el «Sermón de la Montaña» pronunciado por Jesús en un marco solemne: desde un monte, sentado, junto a sus discípulos, rodeado de la multitud y en actitud de enseñar. En línea con la tradición sapiencial del antiguo oriente, la bienaventuranza expresa la felicidad de la persona, el motivo de la misma y la disposición personal que la hace posible. Estos son los elementos básicos que, con las respectivas variantes, se repiten en las ocho bienaventuranzas del evangelio de Mateo (cf. la versión más breve de Lucas en 6,20-23). En ellas Jesús no describe distintas categorías de personas (los pobres de espíritu, los que lloran, los misericordiosos...) sino los rasgos que configuran al discípulo ideal, aquel o aquella que ha descubierto el Evangelio.

Definidas por algunos como la «*magna charta* del Reino», las Bienaventuranzas son un programa de vida, un camino de felicidad, una llamada a la conversión. Vida, felicidad y conversión son regalos que Dios concede libre y generosamente a muchas personas: a aquellas libres del afán de poseer y dominar, a los humildes, a los dispuestos al sacrificio, a los que luchan por la justicia, a los que ejercen la misericordia, transmiten paz y tienen el corazón limpio.

El programa de las Bienaventuranzas es desafiante porque no se rige por los esquemas de la lógica humana sino por los baremos del evangelio que no tienen nada que ver con la riqueza, la saciedad, la alegría pasajera o la vanagloria. Aceptar este desafío comporta ser insultado, calumniado y perseguido como lo fue Jesucristo, pero a la vez abre las puertas de la auténtica felicidad, aquella que nace en el corazón, invade el cuerpo y el espíritu y se comunica a los demás.

La primera y la última bienaventuranza mencionan explícitamente el Reino de los cielos como razón suprema de la felicidad: «porque de ellos es el Reino de los cielos» (vv. 3 y 12). Una expresión semítica típica de Mateo que significa la plena comunión con Dios.

Domingo 5 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 58,7-10

Entonces nacerá tu luz como la aurora.

En la tercera parte del libro de Isaías (cap. 56–66), obra de un poeta anónimo llamado Trito-Isaías activo durante el post-exilio, los cap. 56–58 se concentran en temas de carácter ético como, por ejemplo, la práctica del derecho y la justicia, la actuación de los gobernantes, las abominaciones de la idolatría... Más concretamente, todo el cap. 58 está dedicado al ayuno que agrada a Dios, un tema característico del profeta Amós. Los doce versículos que lo componen son una requisitoria contra el culto formal y en particular contra los ritos penitenciales, como el ayuno, cuando se disocian de la práctica de la justicia. Junto a la denuncia, el profeta exhorta a practicar el ayuno auténtico que agrada a Dios, es decir, la liberación de la opresión, la solidaridad con los necesitados, el rechazo de la calumnia.

Sólo entonces el Señor aceptará el diálogo (v. 9) y el pueblo se convertirá en una luz que iluminará las tinieblas (v. 10). No se puede, pues, concebir un culto separado de la vida, una fe que no comparta el pan con el hambriento y la casa con el desamparado.

Segunda lectura: 1 Corintios 2,1-5

Os he anunciado a Cristo crucificado.

Este fragmento de la carta a los Corintios se refiere al problema de las divisiones internas que estaban minando la comunidad de Corinto. En pocos años se habían formado varios bandos y cada uno reconocía como guía a un personaje distinto. Era una situación de rivalidades, tensiones y discordias inevitables. Pablo se opone duramente a estos planteamientos partidistas apelando a la primacía absoluta de Cristo y a su propia experiencia.

La predicación de Pablo no se apoyaba en sus habilidades intelectuales o retóricas. De hecho, el apóstol llegó a Corinto totalmente abatido después del fracaso en Atenas, donde se dirigió a filósofos con palabras de sabiduría (cf. Hch 17,32-34). A partir de esa experiencia decidió hablar solamente de Cristo. Y así lo hizo en Corinto: empezó a anunciar a Cristo débil, asustado y temblando de miedo. Porque no es el mensajero ni su capacidad para proclamar el mensaje lo que cuenta sino el contenido del

mismo y la intervención del Espíritu que lo hace eficaz. Así pues, la predicción de Pablo hay que entenderla, no como un acto de protagonismo o lucimiento personal del apóstol, sino como un servicio a la comunidad. Su objetivo es dar a conocer los componentes esenciales de la fe: el testimonio de Dios (v. 1), Jesús crucificado (v. 2), la manifestación del Espíritu (v. 4) y el poder de Dios (v. 5). Esta es la ley fundamental del apostolado.

Evangelio: Mateo 5,13-16.

Vosotros sois la luz del mundo.

Después de proclamar las bienaventuranzas (5,1-12), Jesús sigue hablando. Con el «vosotros» inicial, que remite al vosotros mencionado después de la última bienaventuranza («Bienaventurados vosotros cuando os insultarán...»), Jesús se dirige a los discípulos, a los que quieren seguirle y poner en práctica su programa de vida. Curiosamente no les dice lo que deberían ser sino lo que son en cuanto discípulos. Y lo hace de manera magistral, utilizando un lenguaje simbólico que se inspira en la experiencia cotidiana concreta y que, por consiguiente, todos pueden comprender sin dificultad.

Cuatro imágenes, desdobladas en dos pares paralelos, entran en juego en este fragmento: en primer lugar, la sal y la luz, y luego, la ciudad en lo alto del monte y la vela (o lámpara) en el candelero. La sal da sabor a los alimentos y preserva de la corrupción, pero si ella misma se corrompe, es decir, se echa a perder, entonces no hay remedio. En el contexto mateano, la sal simboliza la sabiduría (nótese que sabiduría y sabor tienen la misma etimología) de las Bienaventuranzas. La luz, una imagen muy frecuente en la Biblia, se contrapone a las tinieblas. Si éstas simbolizan la muerte, la desgracia y el pecado, aquella evoca la vida, la alegría y el amor. En la afirmación «vosotros sois la luz del mundo» resuena la auto-presentación de Jesús en el cuarto evangelio: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12).

La imagen de la luz se complementa con otras dos: la ciudad situada en la cima del monte, punto de referencia para todos los que caminan en la noche o se encuentran perdidos sin saber qué rumbo tomar y la vela que una vez encendida se coloca en el candelero para que alumbré toda la casa. Ni la ciudad se puede esconder ni la vela se coloca bajo el celemín (un recipiente de madera que servía para medir el grano y conservarlo), porque entonces pierden toda su eficacia.

Así pues, la luz de los discípulos (de los cristianos), concretada en sus buenas obras, no debe apagarse, porque su misión es alumbrar para que el mundo pueda ver.

Domingo 6 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Eclesiástico 15,16-21

No mandó pecar al hombre.

Como respuesta a las objeciones de uno de sus supuestos oponentes o discípulos nace la reflexión de Ben Sira sobre la libertad y el pecado (15,11-22). Ésta se apoya en tres argumentos que el sabio presenta de manera progresiva: Dios detesta el pecado y no tiene necesidad del pecador (vv. 11-13), el ser humano, ya desde la creación, es libre a la hora de realizar sus opciones y, por consiguiente, responsable de sus acciones (vv. 14-18) y, por último, Dios, que lo ve y conoce todo, no concedió a nadie el permiso para pecar (vv. 19-22).

«Si quieres» (v. 16) indica que la observancia de los mandamientos de la Ley y la fidelidad a la voluntad del Señor constituyen una opción personal que depende única y exclusivamente de uno mismo. Y como la libertad se ejercita escogiendo, el discípulo puede escoger entre fuego y agua, entre la vida y la muerte. Fuego y agua son dos elementos de la naturaleza contrarios sólo en su función, no en su valor de bien y mal. Al excluirse mutuamente obligan al discípulo a tomar una decisión. Ahora bien, la oposición radical es la que se da entre la vida y la muerte (cf. Dt 30,15.19 y Gn 2-3), pues escoger la vida implica escoger el bien, mientras optar por la muerte implica optar por el mal.

El sabio exalta la sabiduría, el poder y la mirada de Dios: su sabiduría es grande, su poder es fuerte y su mirada lo abarca todo (vv. 19-21). Dios lo ve «todo» y conoce «todas» las acciones de los hombres. Este conocimiento absoluto de la realidad penetra hasta lo más íntimo del ser humano, allí donde entran en juego su libertad y responsabilidad. El v. 21 repite con mayor énfasis la misma idea de 15,11-12: Dios no quiere el pecado.

Segunda lectura: 1 Corintios 2,6-10

Dios predestinó la sabiduría antes de los siglos para nuestra gloria.

La sabiduría de Dios no se manifiesta en gestas deslumbrantes o doctrinas misteriosas, sino en la cruz y la predicación de la cruz. En las debilidades y los fracasos, la sabiduría de Dios es más potente que todas las sabidurías humanas. No solo es más potente, sino que es la fuente de nuestra vida. De este modo, Cristo crucificado expresa en su ser y en su vida la sabiduría de Dios.

En 2,6-10 Pablo describe la sabiduría divina que actúa en la persona de Cristo con rasgos que en el Antiguo Testamento son propios de la sabiduría personificada. Es divina (Pr 8,22; Si 24,3), misteriosa, escondida, inaccesible (Job 28; Ba 3-4; Sir 1); preexistente, creada antes de los siglos (Pr 8,23; Si 24,9); gloriosa (Sb 7,25; 9,10) y desconocida para los jefes del mundo (Ba 3,16).

Evangelio: Mateo 5,17-37

Se dijo a los antiguos, pero yo os digo.

La lectura evangélica contiene la famosa página mateana de las antítesis, donde Jesús declara no haber venido para abolir la Ley veterotestamentaria sino para darle plenitud (v. 17). En oposición a los fariseos cuya interpretación de la ley había degenerado en la casuística y en la trampa de cumplir lo mínimo imprescindible para salvarse, Jesús propone una vivencia interior y personalizada de la ley (vv. 18-20). Para explicar su doctrina recurre a una serie de ejemplos que siguen todos el mismo esquema: «Habéis oído que se dijo» + cita del Antiguo Testamento + comentario interpretativo + «pero yo os digo» + nueva interpretación de Jesús.

La primera antítesis, sobre el homicidio y la reconciliación (vv. 21-26), se centra en la preocupación por el perdón y el amor fraterno, alcanzando su clímax en los vv. 23-24. En clave evangélica «no matarás» significa no odiar, no maldecir, perdonar siempre, porque del rencor y el insulto brotan la violencia y el asesinato. La segunda antítesis se refiere al adulterio y el escándalo (vv. 27-30). En este caso, Jesús coloca el acento en la conciencia de la persona y en su capacidad de decisión. Así, el verbo «desear», que de por sí no implica ninguna acción concreta, indica una opción y una actitud personal negativas. La tercera antítesis aborda el problema del divorcio (vv. 31-32), defendiendo su unidad inquebrantable en cuanto signo del amor de Dios. La última antítesis concierne a los juramentos (vv. 33-37) que, en una sociedad de cultura oral, simbolizaban las relaciones interpersonales y sociopolíticas. Jesús defiende la sinceridad y la verdad en cualquier tipo de relación humana. Amor, honestidad, verdad son, pues, los valores que han de determinar las decisiones del discípulo de Jesús.

El texto continúa con otras dos antítesis, que leeremos el próximo domingo: una sobre la venganza (vv. 38-42) y otra sobre el amor a los enemigos (vv. 43-48).

Domingo 7 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Levítico 19,1-2.17-18

Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Esta selección de versículos forma parte de la última sección del libro del Levítico, conocida como «Ley o Códice de Santidad» (cap. 17–26) precisamente a causa de la insistencia sobre el concepto de santidad. Es un código legislativo autónomo que recoge las leyes del santuario de Jerusalén. El material tratado es muy variado y concierne todos los aspectos de la vida del israelita.

Dios, el santo por excelencia, invita al pueblo a un camino de santidad (v. 2). Este Dios santo es el Señor que ha hecho salir a los israelitas de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. Nótese que el Decálogo empieza con las mismas palabras (Ex 20,2; Dt 5,6).

El secreto de la santidad es el amor, el amor hacia Dios que se manifiesta en la observancia de sus preceptos (cf. 19,3) y se realiza mediante el amor al prójimo, hermano o extranjero. En estos mandamientos (vv. 17-18) se condensa toda la Ley.

Si esta ley exhorta a los israelitas a ser santos, Jesús pedirá a los discípulos que sean perfectos «como vuestro Padre celestial», invitándoles a amar también a los enemigos. Esta página del Levítico, por tanto, puede muy bien considerarse una anticipación evangélica.

Segunda lectura: 1 Corintios 3,16-23

Todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios.

Con este fragmento se concluye la primera unidad literaria de la carta (1,1–3,23), en la que Pablo ha abordado el espinoso problema de las facciones religiosas que han surgido en el seno de la comunidad de Corinto, creando división y rivalidades entre sus miembros. Pablo se esfuerza en explicar que su acción apostólica no se inspira en la filosofía y la sabiduría griegas sino en la aceptación incondicional de Cristo.

Tres son los elementos a destacar en los vv. 16-23: primero, la teología del templo de Dios, según la cual cada persona, y en particular cada cristiano, es templo de Dios y morada del Espíritu; segundo, la exaltación de la sabiduría cristiana, completamente distinta de los criterios de este

mundo, pues está centrada en una sola figura: el Cristo crucificado; y tercero, la pertenencia de todos a Cristo y a Dios: «vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (v. 23).

Evangelio: Mateo 5,38-48

Amad a vuestros enemigos.

El domingo pasado escuchamos cuatro ejemplos en los que Jesús ofrecía una nueva interpretación a la ley antigua (5,17-37). Hoy completamos la serie con los dos últimos ejemplos, formulados a modo de antítesis, que tratan sobre la venganza y el perdón (5,38-42) y el amor a los enemigos (5,43-48).

Primer ejemplo. Aunque la fórmula «ojo por ojo, diente por diente» (fórmula incompleta, utilizada comúnmente para designar la «ley del talión») choque contra nuestra mentalidad moderna y provoque en nosotros un rechazo casi automático, no hay que olvidar el objetivo que se esconde detrás de dicha fórmula. Lo que en último término pretendía la ley del talión era salvaguardar la justicia y evitar las venganzas excesivas (cf. Gn 4,23-24). La venganza es una cuestión fundamental en la legislación del Antiguo Testamento. De ella se ocupan los cuatro textos relativos a la ley de la estricta justicia, conocida como la *lex talionis* (Ex 21,23-25; Dt 19,15-21; 25,1-12 y Lv 24,18-20): una ley que establece la equivalencia entre daño y pena, sin tener en cuenta el carácter voluntario o involuntario de la acción cometida, a excepción del caso de homicidio (cf. Nm 35,9-34 y Dt 10,1-13 sobre las ciudades asilo). Jesús, sin pretender en ningún momento discutir la normativa jurídica, social o ética de su nación, lanza una propuesta de carácter teológico, ofreciendo un nuevo modelo de vida para el cristiano basado en el perdón.

Segundo ejemplo. Con este canto al amor de los enemigos se cierra la serie iniciada en 5,17. Hay quien lo ha definido como la clave de bóveda con que se cierra el pórtico de la santidad, bajo el que es preciso pasar para entrar en el Reino de los Cielos. Si en 5,20 Jesús advertía: «Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos», en 5,48 la novedad de su doctrina se hace manifiesta: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». El Levítico decía «sed santos» (primera lectura) y Lucas dice «sed misericordiosos» (6,36). Tres expresiones distintas que significan lo mismo: el ser humano es ser humano en cuanto imagen de Dios. Esta es la gran propuesta de la ética cristiana, una propuesta sin límites, casos, reducciones o distinciones que tiende idealmente a la perfección misma de Dios.

Domingo 8 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 49,14-15

Yo no te olvidaré.

Estos dos versículos forman parte de Is 49,14-26, una página célebre del Deutero-Isaías, donde se establece un diálogo entre Jerusalén, desolada, y su Dios. Jerusalén se cree abandonada y olvidada, pero el Señor le recuerda su amor (vv. 14-20); se cree sola e irremediamente estéril, pero el Señor le promete una numerosa descendencia (vv. 21-23); se cree cautiva para siempre, pero el Señor le asegura la liberación (vv. 24-26). De este modo, se manifiesta ante todos, incluidos los enemigos derrotados, el entrañable amor que Dios siente por su pueblo.

En el v. 15 el profeta introduce la simbología materna, llena de ternura y de amor instintivo. En el Antiguo Testamento el afecto de Dios por su pueblo a menudo se expresa con el adjetivo «misericordioso» (*raham*). En hebreo este término está directamente relacionado con las vísceras (*rahaim*) de una madre que no puede sino amar a su hijo. Arquetipo de la misericordia es, pues, el instinto materno que en nuestro texto se aplica simbólicamente a Dios.

Segunda lectura: 1 Corintios 4,1-5

El Señor manifestará los designios del corazón.

En esta página Pablo hace dos declaraciones relacionadas con el tema ya tratado en el cap. 3 y que continuará a lo largo del cap. 4.

La primera declaración define al apóstol como un servidor/ministro (*hypertetas*) de Cristo y un administrador/ecónomo (*oikonomos*) de los bienes y de las palabras de salvación entre los hermanos y hermanas. No es, pues, una persona que goza de un privilegio especial sino un servidor que debe ser fiel a la misión que le ha sido encomendada.

La segunda declaración concierne el juicio sobre el ministro. El juicio y la condena no dependen del éxito o del fracaso obtenido ante los hombres sino del Señor: «Él iluminará lo que esconden las tinieblas y pondrá al descubierto los designios del corazón» (v. 5). Ciertamente, las críticas y autocríticas humanas pueden ser convenientes, instructivas e incluso necesarias, pero siempre relativas. La última aprobación, la «alabanza» auténtica viene siempre del Señor, el único autorizado para juzgar el interior de las personas.

Evangelio: Mateo 6,24-34

No os angustiéis por el mañana.

Esta sección del Sermón de la Montaña se abre con un *logion* de Jesús sobre la riqueza vista como tentación idolátrica. Se impone, pues, una elección para el discípulo: o Dios o la riqueza. Para indicar la riqueza Mateo utiliza el término arameo *mammona* («propiedad»), que sugiere una personificación de la riqueza como un ídolo. En lugar de depositar la confianza en el Dios vivo, se deposita en una realidad muerta cuya fuerza de atracción reside en la mera apariencia.

El resto del pasaje desarrolla, por contraste, la confianza en Dios, una confianza gozosa, libre y serena que está resumida en la expresión «no os agobiéis» del v. 25. Jesús enseña que las preocupaciones materiales (el alimento y el vestido) no pueden ocupar en lugar central en la vida de los discípulos. Y para ilustrar su enseñanza recurre a dos ejemplos de cuño sapiencial: Dios provee el alimento para todos los animales y se preocupa de los lirios del campo, símbolo de la belleza y el esplendor de la naturaleza, y también de la hierba del campo, símbolo del carácter efímero de todo lo creado (vv. 26-30).

El texto continúa retomando por dos veces la recomendación «no os agobiéis» (vv. 31 y 34), a la que se añade una invitación de tono positivo que orienta el texto en una dirección completamente nueva: «Sobre todo buscad el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura» (v. 33).

Así pues, el mensaje de Jesús está orientado hacia el Reino de Dios, una realidad espiritual que trasciende la esfera de la cotidianidad en la que vive el ser humano. Para poder acceder a ella, los discípulos han de estar desapegados de los bienes materiales, porque quien construye su vida alrededor del «alimento» y el «vestido», acabará viviendo siempre agobiado, pobre humanamente y vacío espiritualmente. Los valores auténticos (la búsqueda del reino de Dios y su justicia) confieren a la vida humana una dimensión profunda y trascendente, le dan sabor de felicidad y son generadores de paz y esperanza.

Si en el v. 31 Jesús aconsejaba no agobiarse por la comida, la bebida y el vestido, en el v. 34 su consejo se inspira en la sabiduría popular de los antiguos: no angustiarse por el mañana. Vivir intensamente el momento presente, sin refugiarse en el pasado o sufrir por el futuro: «A cada día le basta su afán».

Domingo 9 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Deuteronomio 11,18.26-28

Mirad: os pongo delante bendición y maldición.

Este pasaje del libro del Deuteronomio concluye la introducción histórica (1,1-11,32), un largo sermón en el que Moisés recuerda y promulga la Ley del Señor, y abre paso al así llamado «Código deuteronomico», que integra el «Código de la alianza» (Ex 20,23-23,19) actualizando la legislación precedente en una situación social distinta.

El v. 18 exhorta a los israelitas a que tengan siempre presente la Ley del Señor. El «corazón y el alma» indican la conciencia y lo más íntimo del ser humano, la «muñeca» (mano) alude a la acción y la «señal en la frente» sugiere la función normativa de la Ley en el ámbito intelectual y volitivo. De ahí el uso de las filacterias (en hebreo, *tefillin*, «protección, amuleto») entre los judíos observantes: unas pequeñas envolturas o cajitas de cuero donde se guardan pasajes de la Escritura que se colocan una sobre el brazo izquierdo (o derecho según el caso) a modo de brazaletes y otra sobre la cabeza como si fuera una diadema. De este modo, ellos mismos pueden comprobar su grado de fidelidad a la Palabra de Dios.

Israel es árbitro de su destino (vv. 26-28). La observancia de la Ley condiciona las bendiciones futuras, mientras la infidelidad a la alianza provoca la ira divina y origina la maldición y el exilio del pueblo. Todo israelita, y todo ser humano (el adverbio «hoy» actualiza el mensaje), es libre de observar los preceptos del Señor y así permanecer en el ámbito de la bendición o de quebrantarlos, optando en este caso por la maldición.

Segunda lectura: Romanos 3,21-25a.28

El hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley.

Con esta página de denso contenido teológico empieza la lectura de una breve selección de fragmentos de la obra maestra de Pablo. Escrita en Corinto probablemente en el invierno del año 57 al 58 dC, antes de su viaje a Roma, la carta a los Romanos es la que menos responde al esquema típico de una carta, aunque lo sea; más bien parece una síntesis de la doctrina cristiana.

En 3,21-31, unidad a la que pertenecen nuestros versículos, Pablo retoma, amplía y profundiza el tema de la justicia de Dios, contenido esencial de la

carta, que ya había anunciado en 1,16-17: «No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de salvación... pues en él se revela la justicia de Dios a través de una fe en continuo crecimiento, como dice la Escritura: Quien alcance la salvación por la fe, ese vivirá».

La justicia salvadora de Dios se ha manifestado sin la Ley, al margen de ella, es decir, sin las obras de la Ley (v. 21). No son las obras de la ley las que han puesto en marcha la justicia salvadora de Dios, pues de ser así no habría sido necesaria la muerte de Cristo (cf. Gal 2,21). Además, la justicia de Dios es «justicia por la fe». Nótese que en los vv. 21-26 se hacen tres referencias a la fe y una al creer, que culminan en la formulación completa de la doctrina de la justificación recogida en el v. 28: «Sostenemos, pues, que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley».

La fe que justifica y determina la manifestación de la justicia divina es la fe en Cristo Jesús, es decir, la fe que acepta que en la muerte redentora de Cristo Dios ha manifestado definitivamente su justicia. Por este motivo, la justicia divina no depende de la Ley sino que adquiere mediante la fe una dimensión universal, válida tanto para el judío como para el gentil.

Evangelio: Mateo 7,21-27

La casa edificada sobre roca y la casa edificada sobre arena.

El «Sermón de la Montaña» empieza con las Bienaventuranzas y termina con tres avisos que advierten al discípulo ante la ilusión del camino fácil (7,13-14), los falsos profetas (7,15-20) y una religiosidad superficial que no compromete la vida (7,21-23). Nuestro texto recoge el tercer aviso y las dos parábolas gemelas (7,24-27) con que Jesús concluye su enseñanza.

La autenticidad de la fe no se mide por las muchas oraciones (v. 21: «Señor, Señor»), el pragmatismo religioso (v. 22: «profetizar en nombre de Jesús») o el triunfalismo externo (v. 22: «expulsar demonios y hacer milagros») sino por el compromiso de vida auténtico que consiste en hacer la voluntad del Padre.

El constructor necio es el que se apoya en las palabras vanas, el sentimentalismo pasajero o las arenas movedizas de la moda o de la opinión del momento (vv. 26-27). El constructor sabio, en cambio, prefiere edificar sobre la roca y no con materiales de poca calidad, incapaces de resistir las dificultades y tribulaciones de la vida (vv. 24-25). Estas dos parábolas nos enseñan que la roca es Cristo y su evangelio, un fundamento sólido a prueba de cualquier vendaval.

Domingo 10 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Oseas 6,3-6

Quiero misericordia y no sacrificios.

Oseas desarrolló su actividad profética en el siglo VIII aC en el reino del Norte, después de que Amós fuera expulsado de allí. En los tres primeros capítulos del libro (Os 1–3), los más conocidos y comentados, la vida personal del profeta se presenta como emblema o símbolo del matrimonio entre Dios y su pueblo. A partir del cap. 4, en cambio, la metáfora esponsalicia desaparece para dar paso a una serie de oráculos contra Israel, en los que denuncia su alejamiento del Señor, calificado como prostitución o adulterio (4,1–9,9). En otras palabras, se trata de la idolatría.

Nuestro fragmento (6,3-6) forma parte de un pasaje (5,15–6,6), donde Oseas exhorta al pueblo a la conversión. En el primer versículo (v. 3) el profeta cita, no sin ironía, palabras fervorosas de sus compañeros penitentes (conversión aparente y superficial). Pero Dios, no dejándose engañar, les interrumpe acusando su veleidad: «Vuestra misericordia es como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora» (v. 4). Sacrificios y holocaustos estaban en la cumbre de la escala de valores, pero el pueblo tendrá que entender que por sí solos son insuficientes y que por encima de ellos están la misericordia y el conocimiento de Dios. En otras palabras, Oseas proclama la estrecha relación entre culto y vida, entre religión y justicia, entre fe y moral (v. 6). Con su palabra y su juicio, el profeta es instrumento para que pueda darse la auténtica conversión.

Segunda lectura: Romanos 4,18-25

Fue confortado en la fe por la gloria dada a Dios.

El capítulo 4 de la carta a los Romanos está enteramente dedicado a la figura de Abrahán. Pablo recurre al ejemplo de «nuestro progenitor según la carne» para demostrar que la justificación mediante la fe tiene su base en las Escrituras.

En su apasionado elogio de Abrahán, el apóstol celebra la fe del patriarca que «apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza» (v. 18), es decir, a pesar de su vejez y de la de Sara, su mujer, que además era estéril desde su juventud (vv. 19-21). En el v. 22 resuena la frase de Gn 15,6: «Abrahán creyó y esto le fue acreditado como justicia». La fe de Abrahán es la confianza en una promesa humanamente irrealizable. Dios le reconoció el mérito de este acto y se lo contó como justicia, ya que el

justo es la persona cuya rectitud y sumisión hacen agradable a Dios. En el lenguaje ritual el verbo «acreditar» (en el leccionario «computar») designaba la ofrenda válida, es decir aquella presentada según todas las prescripciones litúrgicas. Para Abrahán el sacrificio válido no es el holocausto de un animal o una ofrenda de incienso sino su fe inquebrantable en el Señor. En el v. 25 Pablo recoge una antigua profesión de fe que interpreta la muerte de Jesús probablemente a la luz de Is 53,4-6.11-12 (el cuarto canto del siervo del Señor).

Evangelio: Mateo 9,9-13

No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

El evangelio narra un episodio (en las Biblias suele llevar por título «vocación de Mateo»), que en realidad se compone de tres escenas engarzadas entre sí: la vocación de Mateo, el convite de los publicanos y la crítica de los fariseos.

Según Mc 2,14 y Lc 5,7, el personaje que aquí es llamado Mateo tenía por nombre Leví. Nombre a parte, lo que interesa es su profesión: cobrador de impuestos o publicano (en griego, *telones*). Dicha profesión tenía mucho éxito en Cafarnaún, lugar de frontera y comercio. La autoridad romana a menudo encargaba la recaudación de los impuestos a gente del lugar que se aprovechaba de la situación desviando parte de lo recaudado al propio bolsillo. Por eso, los recaudadores de impuestos no solo eran odiados y despreciados por el pueblo sino que eran considerados al mismo nivel de los pecadores y las prostitutas (cf. Mt 31,21). Jesús llama a Mateo para que le siga («Sígueme») y éste, dejándolo todo, le siguió. El gesto del publicano habla por sí solo. Renuncia a todo, incluso a sí mismo. En la iglesia primitiva «seguir a Jesús» significaba la dedicación total del discípulo a su escuela, destino y misión.

Pasamos ahora de la aduana de Cafarnaún a la casa, donde Mateo celebra con Jesús la alegría de la llamada. En Lc 5,29 se nos dice que Mateo organizó «un gran convite», al que fueron invitados sus hasta ahora colegas de oficio, empleados del fisco como él. En el evangelio se les menciona con un nombre genérico «publicanos» y se añade «pecadores», pues a los ojos de los fariseos eran tales. Jesús se sienta con ellos en la mesa y los fariseos se escandalizan porque eso significaba contagiarse de pecado.

La respuesta de Jesús, no exenta de ironía, se concreta en tres sentencias: un proverbio («No necesitan médico los sanos, sino los enfermos»), una referencia bíblica («Misericordia quiero y no sacrificios») que enlaza con la primera lectura, y una declaración sobre su venida al mundo («No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores»).

Domingo 11 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Éxodo 19,2-6a

Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.

En la primera lectura leemos el pasaje clásico del nacimiento del pueblo de Dios, cuando los israelitas acamparon junto al Sinaí y Yahvé estableció con ellos su alianza. El pasaje, bien delimitado y estructurado, es un texto solemne que funciona como prólogo a la imponente y decisiva experiencia del Sinaí (Ex 19,1-40,38).

Escuchamos en nuestro fragmento (19,2-6a) las palabras que el Señor dirige a Moisés en dos momentos. En la primera parte del discurso es el «yo» de Dios que habla, evocando la liberación de Egipto («Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios...»). El pueblo jamás deberá olvidar que la historia, lejos de ser una mera sucesión de acontecimientos, es el lugar donde Dios actúa y manifiesta su omnipotencia. La segunda, en cambio, está dirigida al «vosotros» del pueblo, a la respuesta de Israel («Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz...»).

Dios no impone condiciones, las propone: el futuro de Israel depende de la obediencia y de la observancia de la ley. Tres expresiones revelan la importancia y la unicidad de la propuesta de Dios: Israel será «mi propiedad personal» (es decir, mi tesoro), «un reino de sacerdotes» al servicio de Dios (se pone el acento en la dignidad, no en la función) y «una nación santa» (que se distingue de las demás en cuanto «consagrada» al Señor).

Segunda lectura: Romanos 5,6-11

Si fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con cuánta más razón seremos salvos por su vida.

Este fragmento de la carta a los Romanos forma parte de una página de transición (5,1-11) entre los dos grandes conjuntos: 1,18-4,25 (sobre la justificación ya realizada o realizándose en la fe) y 5,12-8,39 (sobre la salvación que se pregusta en la esperanza). Tanto es así que mientras para algunos 5,1-11 trata sobre los frutos de la justificación, para otros versa sobre los frutos de la salvación.

Sea como sea, el tema de 5,6-11 se podría resumir en el modo siguiente: el origen de la vocación y misión cristianas es la muerte redentora de Cristo, causa de nuestra justificación y salvación, y revelación del amor de Dios. Rodeados y sostenidos por este amor totalmente desinteresado (v. 8), los cristianos son los primeros «reconciliados» con Dios (vv. 9-11).

Se trata de una reconciliación universal, no solamente vinculada al culto, sino a la existencia humana en su totalidad. Así pues, el apóstol exhorta a los fieles a apoyar la esperanza de la salvación en el amor de Dios que se manifestó infinito en la muerte redentora de Cristo. Si la esperanza desfallece, desfallece también la fe en el amor.

Evangelio: Mateo 9,36–10,8

Llamó a sus doce discípulos y los envió.

Una de las características del evangelio de Mateo son los extensos «sermones (o discursos)» de Jesús. El primero y fundamental es el «sermón de la montaña» (Mt 5–7). El segundo consiste en una especie de antología de las principales consignas, reflexiones y enseñanzas que el Señor, en distintas ocasiones, iba dando a los discípulos en orden a la misión, y por ese motivo es conocido como el «sermón misionero» (Mt 10). Leemos hoy la introducción temática y el comienzo. Como suele hacer antes de cada sermón, el evangelista describe una escena significativa que lo encuadra y ambienta. En este caso la escena representa a Jesús manifestando a sus discípulos, por medio de imágenes populares, la impresión que le produce el pueblo.

La primera imagen, la del rebaño sin pastor (9,36), evoca numerosos textos bíblicos como, por ejemplo, Nm 27,17 o sobre todo Ez 34. Jesús se refiere a la deplorable situación en la que se encontraba el pueblo a causa de la corrupción de sus dirigentes religiosos. Su reacción natural fue la compasión («se compadecía de las gentes extenuadas y abandonadas»), de la que nace siempre un gesto concreto y eficaz de liberación.

La segunda es la imagen de la mies (9,37-38), predilecta de Jesús en sus parábolas. Por lo general la mies revela la dimensión escatológica del Reino de Dios. «La mies es mucha, pero los segadores son pocos», es decir, en el mundo queda mucho por hacer para difundir la Buena Nueva, pero escasean los trabajadores. ¿Cuál podría ser la solución? El mismo Jesús la da: orar al Señor de la mies para que envíe trabajadores a la mies.

A continuación (10,1-4), Mateo narra la elección de «los Doce», el grupo fundacional, que en griego llamaron «apóstoles», a quienes da poder para echar demonios y curar todo tipo de enfermedades. El término «apóstol» deriva del verbo *apostello* que significa mandar, enviar. El número doce, símbolo de universalidad, recuerda las doce tribus de Israel. En el grupo hay una gran diversidad de caracteres y opciones: destacan el que está al frente (Pedro), un publicano (Mateo), un fanático o zelota (Simón) y un traidor (Judas Iscariote).

A partir de 10,5 empieza el sermón a los apóstoles del que solo leemos las primeras líneas (vv. 5-8) y que se prolongará hasta 10,42.

Domingo 12 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Jeremías 20,10-13

Libró la vida del pobre de manos de los impíos.

Características del libro de Jeremías son una serie de esbozos autobiográficos, las famosas «Confesiones» (Jer 11,18–12,6; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-20), donde el profeta se desahoga, dando rienda suelta a sus sentimientos. Nuestro fragmento pertenece a la quinta confesión (20,7-20). Esta se presenta como reacción a la persecución que Jeremías ha sufrido de parte del sacerdote Pascur por haber proclamado un oráculo de amenaza en el templo. Pascur hace arrestar y fustigar al profeta, el cual, después de ser liberado, le cambia el nombre en «Terror alrededor» (ver Jer 20,3). Es la primera violencia física que Jeremías padece a causa de su ministerio.

La confesión de Jeremías se puede dividir en dos partes: 20,7-13 (lamento individual) y 20,14-18 (poema sobre la vida y la muerte). Los versículos que hoy leemos son parte, pues, del lamento del profeta que a continuación presentamos brevemente. Los vv. 7-9 describen la lucha de Jeremías contra el Señor. Los vv. 10-12 narran la persecución de parte de sus muchos adversarios (los secuaces de Pascur) y también de parte de sus amigos (v. 10). A pesar de todo, Jeremías sabe que el Señor le protege y que, por tanto, sus enemigos no podrán acabar con él (v. 11). En fin, suplica al Señor para que estos sean castigados (v. 12). El último versículo (v. 13) es un himno de acción de gracias por la liberación que espera obtener; un himno que, desde el punto de vista literario, cambia bruscamente el tono del pasaje.

Segunda lectura: Romanos 5,12-15

El don no se puede comparar con la caída.

Sigue la lectura de la carta a los Romanos con uno de los textos más difíciles y por lo mismo más estudiados por los autores. Nos referimos a 5,12-21 (el leccionario propone solamente los vv. 12-15), donde Pablo traza una comparación entre Adán, fuente de pecado y de muerte para sus descendientes, y Cristo, fuente de paz y vida eterna con Dios.

El v. 12 es problemático porque el periodo gramatical que empieza con «Lo mismo que por un hombre...» en lugar de concluir queda suspendido (en algunas ediciones de la Biblia se indica con puntos suspensivos antes de empezar el v. 13). Los vv. 13-14 forman un paréntesis y el pensamiento se completa lógicamente en los versículos siguientes. El pecado aparece casi personificado como una potencia maléfica que, una vez dentro de la naturaleza humana, provoca la muerte física como signo de la muerte

espiritual. Bajo el influjo de esta potencia, «todos han pecado» no por un destino ciego sino adhiriéndose a ella y apoyándola cada uno con sus propios pecados.

La muerte existía antes de existir la Ley. Existía a raíz del pecado de Adán que ha contaminado la humanidad conduciéndola a la muerte. Adán, sin embargo, es «figura del que había de venir», Cristo, el nuevo Adán, del que nace una nueva humanidad, redimida, salvada y reconciliada con Dios. Su fuerza es mucho mayor que la del mal.

Evangelio: Mateo 10,26-33

No tengáis miedo de los que matan el cuerpo.

El domingo pasado escuchamos la introducción del sermón dirigido a los apóstoles, hoy nos detenemos en la tercera parte del mismo (Mt 10,26-33). Esta se refiere a las persecuciones que Jesús acaba de predecir (10,16-25) y ante las que repite con insistencia una única consigna: «¡No tengáis miedo!». Dando por supuesta la identificación entre «apóstol» y «perseguido» (como persiguieron a Jesús, igualmente perseguirán a su apóstol), Mateo reúne en esta parte del discurso varios avisos del Maestro en vista a la persecución.

El primer aviso, contra el miedo, subraya la voluntad de Jesús de que sus apóstoles proclamen a plena luz las enseñanzas que de él recibieron en la intimidad. Se lo dice con gran sencillez, sirviéndose de un proverbio popular (v. 26) con dos expresivos contrastes (v. 27).

El segundo aviso es impresionante, pues presupone un caso límite (v. 28). La distinción entre cuerpo y alma hace pensar en el dualismo griego, según el cual el alma espiritual es inmortal. En la concepción bíblica, en cambio, el ser humano es una unidad formada de alma y cuerpo. La segunda parte de la frase advierte del riesgo de una condena total. En la pedagogía de Jesús, es bueno que los discípulos tengan «temor» de una sanción eterna.

El tercer aviso o reflexión (vv. 29-31) complementa y perfecciona el segundo. Por medio de imágenes sencillas, Jesús inculca a los apóstoles que nada es fatalidad en la vida. La mano de Dios está en todo, tanto en las cosas sencillas como en las importantes (el dolor, la persecución, el martirio...). Así pues, para el que tiene fe todo es signo.

Esta serie de avisos termina, como es usual en Mateo, con una referencia al juicio escatológico (vv. 32-33). Confesar abiertamente a Cristo o negarlo es cuestión crucial, pues se pone en juego la vida eterna. Pedro lo negó en el atrio de Caifás por miedo al ambiente, aunque luego se arrepintió y dio testimonio de él hasta la muerte.

Domingo 13 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: 2 Reyes 4,8-11.14-16a

Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí.

El segundo libro de los Reyes 4,1-6,7 contiene una serie de narraciones de milagros realizados por el profeta Eliseo, a quien el autor a menudo se refiere como «el hombre de Dios». Nuestra fragmento forma parte de 4,8-37, donde se narra la historia de Eliseo y la Sunamita. Podemos dividir la historia en dos partes: la primera se ocupa del nacimiento del hijo de la mujer (vv. 8-17) y la segunda (vv. 18-37) de la muerte del niño y de su resurrección realizada por Eliseo. Nuestro fragmento es una versión reducida de la primera parte, pues el leccionario omite los vv. 12-13.16b-17.

La historia nos cuenta que en cierta ocasión Eliseo, profeta itinerante, pasaba por la ciudad de Sunam, al sur del monte Tabor, al norte de Palestina. Allí es acogido por una mujer distinguida que le invita a comer. A partir de aquel encuentro, cada vez que pasaba por allí visitaba a la mujer. A esta un día se le ocurrió que sería bueno prepararle un habitación en su casa para poder acogerlo dignamente, pues consideraba al hombre de Dios como «un santo». Después de hablarlo con su marido, deciden llevar a cabo la idea. La habitación, pequeña pero con todo lo necesario, resultó un lugar acogedor que Eliseo aceptó de buen grado y utilizaba a menudo. Agradecido por una hospitalidad tan exquisita, el profeta quiere hacer algo por ella. Escucha la sugerencia de su criado Guejazán («no tiene hijos y su marido ya es viejo») y le anuncia que dentro de año tendrá un hijo (lit.: «abrazarás un hijo»). La mujer no se lo cree pero sabemos por el versículo siguiente que así fue: «Pero ella concibió, y al año siguiente por aquellas mismas fechas tuvo un hijo, según le había anunciado Eliseo» (v. 17). Una hospitalidad sencilla y espontánea que no pasó sin dejar huella.

Segunda lectura: Romanos 6,3-4.8-11

Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva.

En Rm 6,1-11 Pablo se hace eco de la relación entre la fe y el bautismo, y entre el bautismo y la Pascua, es decir la muerte y resurrección de Cristo, algo que era del dominio común entre los primeros cristianos. Quien se adhiere a Cristo participa, por medio del bautismo, en su muerte y resurrección y «camina», es decir, vive una vida nueva (vv. 3-4). Para expresar esta idea, el apóstol crea un vocabulario original, difícil de traducir en

nuestra lengua. Para él, el bautizado es un con-crucificado, un con-sepul-tado, un con-resucitado, un co-heredero, un con-glorificado, alguien que vive con Cristo Jesús (vv. 4.6.8; 8,17).

Cristo, aun estando libre de pecado, murió en su cuerpo, un cuerpo como el que todos han heredado de Adán. De este modo, ha destruido el pecado entendido no como pecado personal sino como potencia del mal. Por lo tanto, su morir «al pecado» significa que murió para eliminar el pecado (v. 10).

Evangelio: Mateo 10,37-42

El que no toma su cruz, no es digno de mí. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí.

Leemos este domingo el final del sermón que Jesús dirige a los doce apóstoles y que es extensible a todos los seguidores de Jesús que se consagran a su obra de salvación. Dos son las ideas fundamentales de esta página del evangelio: primera, el apóstol debe estar dispuesto al sacrificio; segunda, su dignidad estriba en ser representante de Cristo. Ambas ideas están expresadas mediante una serie de frases o sentencias análogas, que Jesús diría probablemente en circunstancias diversas y que Mateo recoge en este discurso. Veámoslas ahora en más detalle.

El sacrificio del apóstol. Quien se dedique a trabajar por el Reino de Dios podrá encontrar dificultades por parte de la familia (v. 37), seguirá ciertamente un camino de cruz (v. 38) y tendrá que estar siempre dispuesto a dar la vida (v. 39). En este último versículo Jesús utiliza una sentencia de tipo proverbial y de corte paradójico, repetida varias veces en el Nuevo Testamento, para subrayar esta exigencia de disponibilidad: «El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará». Como todas las paradojas, ésta juega con un doble sentido de una misma palabra. En nuestro caso la palabra en cuestión es «vida» y sus dos posibles significados son la «vida temporal» y la «vida eterna». En otras palabras: por la vida (eterna) hay que perder, si es preciso, la vida (temporal).

La dignidad del apóstol. Con el v. 40 empieza el epílogo del «sermón apostólico». De hecho, resultaría más lógico leerlo después del v. 15, pues los vv. 16-39 son una digresión a propósito de las persecuciones. Los apóstoles o enviados (profetas, justos, discípulos) son representantes de Cristo, su presencia activa en el mundo. Acogerlos, ayudarlos, colaborar con ellos son gestos de fe (incluso ofrecerles un vaso de agua), porque recibir a un enviado de Cristo es recibir al mismo Cristo. No importan las cualidades personales de los enviados, sino su carácter de enviados.

Domingo 14 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Zacarías 9,9-10

Tu rey viene pobre a ti.

El libro del profeta Zacarías contiene, de hecho, dos libros distintos: el primer Zacarías (Zac 1–8), escrito probablemente por el profeta y sacerdote que lleva su nombre (cf. Ne 12,16) y que desempeñó su ministerio entre los años 520 y 518 aC y el segundo Zacarías (Zac 9–14), obra de un profeta anónimo de finales del siglo IV o principios del siglo III aC.

El segundo Zacarías destaca por su marcado acento mesiánico, lo cual explica el amplio uso que de él han hecho los autores del Nuevo Testamento. Nuestro fragmento forma parte de 9,9-17, una serie de oráculos de salvación sobre el Mesías y la restauración de Israel. El profeta ve al salvador de Israel, no como un rey arrogante y opresor que lucha con las armas para obtener triunfo y poder políticos, sino como un Mesías justo y modesto, anunciador y constructor de paz. Ese salvador tierno y bondadoso entra victorioso en Jerusalén «cabalgando en un asno, en un pollino hijo de borrica» (v. 9), una imagen que revela sus intenciones pacíficas (los caballos eran montura de ricos y se utilizaban para la guerra) y que el evangelio retomará para presentar la entrada de Jesús en Jerusalén (cf. Mt 21,5 y paralelos).

Segunda lectura: Romanos 8,9.11-13

Si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis.

Este es el primero de los cinco fragmentos del capítulo 8 de la carta a los Romanos que se irán leyendo en los próximos domingos. Dicho capítulo, que podría titularse «La vida del creyente en el Espíritu» o más poéticamente «el canto del Espíritu», posee una gran densidad y profundidad teológicas a la vez que revela la pasión y la fe inquebrantable del apóstol.

Rom 8 sigue un esquema bien definido. Pablo inicia glosando dos principios fundamentales que animan al creyente: el Espíritu de vida (vv. 1-13) y la filiación divina (vv. 14-30), para concluir con un himno al amor que Dios, por medio de Jesucristo, ha derramado sobre la humanidad (vv. 31-39).

Nuestro fragmento recoge solamente tres versículos de 8,1-13, donde emerge una contraposición típicamente paulina: aquella entre la carne y el espíritu, entre las obras de la carne y las obras del espíritu, entre los

deseos de la carne y los deseos del espíritu, entre vivir según la carne y vivir según el espíritu. Según el apóstol, «la carne» y «el espíritu» no designan dos partes diferentes de la persona en constante oposición (cf. por contraste la dicotomía platónica entre el cuerpo y el alma), sino dos tendencias, dos fuerzas antitéticas que luchan en el interior de la misma. Una arrastra a la persona hacia bien y otra hacia el mal. El Espíritu de Dios ilumina y dirige a la persona para que el bien triunfe sobre el mal y la vida sobre la muerte (v. 11).

Evangelio: Mateo 11,25-30

Soy manso y humilde de corazón.

Esta página del evangelio de Mateo, esencial para comprender el mensaje de Jesús, se encuentra en un contexto (Mt 11–12) caracterizado por la incomprensión y el rechazo de la clase dirigente y la aristocracia judías que esperaban un Mesías muy diferente. Para sorpresa de todos, Jesús escoge a los marginados, pobres y sencillos como compañeros de viaje y amigos suyos. A ellos les revela los secretos de su corazón, el misterio de su misión salvadora.

Las palabras de Jesús en Mt 11,25-30 tienen forma de himno y recuerdan el Magnificat que su madre cantó ante su prima Isabel. Su estructura en tres estrofas se parece a la de cualquier himno de alabanza.

La primera estrofa es una bendición (vv. 25-26). Jesús como buen israelita bendice (o lo que es lo mismo, «da gracias») al Padre. Ahora bien, lo sorprendente de su oración es la motivación que la acompaña. Jesús habla por experiencia y se ha dado cuenta de que los que son capaces de entender el evangelio son la «gente sencilla» (en griego, «los niños pequeños»), los que tienen alma de pobre y corazón de niño. Por contraste, los «sabios y entendidos» se cierran en sí mismos y, víctimas de su arrogancia, impiden que la buena nueva penetre en su interior.

La segunda estrofa es una definición de Jesús (v. 27) que se presenta como el Hijo de Dios y Señor del universo mediante tres afirmaciones: el Padre y el Hijo se conocen mutuamente, el Padre ha puesto todas las cosas en manos del Hijo y, en fin, el Hijo tiene el poder de revelar a los humanos el conocimiento de Dios.

La tercera estrofa es una invitación dirigida a los sencillos (vv. 28-30). «Cansados y fatigados» de un sistema y unos maestros agobiantes, desean y buscan la paz. Utilizando un lenguaje sapiencial, Jesús les invita a su escuela: «venid a mí», «aprended de mí», «tomad mi yugo» son expresiones sinónimas. A cuantos acepten su invitación, Jesús les promete descanso para el alma, entiéndase, paz interior.

Domingo 15 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 55,10-11

La lluvia hace germinar la tierra.

El Deutero-Isaías, profeta anónimo del exilio, es el autor a quien se atribuye el Libro de la Consolación (Is 40–55). El mensaje principal de la obra no es una explicación del presente, es decir, del exilio, a partir de la infidelidad al Señor que el pueblo ha demostrado en el pasado, sino un anuncio gozoso de un futuro inminente y diferente. En efecto, el Señor quiere cambiar la situación calamitosa del pueblo y de Jerusalén, su ciudad amada, también quiere reunir el pueblo disperso en todas las direcciones y, en particular, quiere hacer salir a los israelitas de Babilonia.

El libro del Deutero-Isaías concluye con una invitación a la conversión (Is 55,6-12). El profeta anima al pueblo a convertirse. Lo exhorta a buscar e invocar al Señor, a abandonar los caminos y pensamientos malvados y a seguir la vía recta y segura trazada por el Señor (vv. 6-9).

Los últimos versículos de dicha invitación (nuestra lectura) son un canto a la fecundidad y eficacia de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es eficaz, su fuerza fecundadora es parecida a la del agua que fertiliza la tierra y alegra el corazón del campesino (v. 10). Al igual que la Sabiduría o el Espíritu en otros textos, aquí la Palabra de Dios está personificada: es semejante a un mensajero que no regresa a su lugar de origen hasta cumplir con su misión (v. 12).

Segunda lectura: Romanos 8,18-23

La creación expectante está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios.

Sigue la lectura del capítulo 8 de la carta a los Romanos. Si el destino de los hijos de Dios es participar en su gloria (8,14-17), el universo también participa de su mismo destino (8,18-23). Nuestro texto, de hecho, podría llevar por título: «La naturaleza espera la gloria de los hijos de Dios».

Testimonio y escenario del pecado, la naturaleza se encuentra en una situación caótica y violenta (literalmente: «sometida a la caducidad», en el leccionario «a la frustración») porque el ser humano la ha utilizado de manera perversa, fabricando con ella ídolos o convirtiendo los elementos creados en dioses. De este modo, la creación sufre «la esclavitud de la corrupción» no «por propia voluntad» sino a causa del ser humano (vv. 20-21). Por eso, ella aguarda expectante la aparición de una nueva humanidad formada por los hijos de Dios, cuya libertad no sucumbe ante el pecado. Esta tensión

queda plasmada en la imagen de un parto, cuyos dolores y sufrimientos afectan tanto a la naturaleza cuanto a la humanidad (vv. 22-23).

El cristiano vive con esta esperanza garantizada por el Espíritu.

Evangelio: Mateo 13,1-23

Salió el sembrador a sembrar.

En el capítulo 13 de su evangelio, conocido como «el sermón de las parábolas», Mateo reúne siete parábolas de Jesús que tienen por objetivo ilustrar la realidad misteriosa del reino de los cielos. A través de realidades cotidianas relativas a la naturaleza y al trabajo (el campo, el lago, la pesca, el pastor, las ovejas, el hogar...), Jesús hablaba a las gentes sencillas de realidades trascendentes.

La parábola del sembrador tiene sabor autobiográfico. Jesús se había dedicado intensamente a trabajar por el reino de los cielos y, en cambio, los frutos no se dejaban ver. Todos sus esfuerzos parecían caer en el vacío y la sensación de fracaso era inevitable. En su caso, el resultado de su trabajo no dependía del sembrador ni de su sembradura sino de la disponibilidad del terreno que a veces era nula. Sin lugar a dudas algunos terrenos se resistían a germinar.

Nuestro texto se compone de tres partes: la parábola del sembrador (vv. 1-9), la finalidad de las parábolas en general (vv. 10-17) y la explicación de la parábola del sembrador (vv. 18-23). Los primeros versículos presentan la escena que resume el proceso de un sembrado de otoño a verano. Cuando todo parece indicar el fracaso del sembrador, de pronto nos coge por sorpresa la cosecha extraordinaria que produce la semilla que cae en tierra buena. Hasta aquí Jesús se ha limitado a desarrollar la imagen de un campo sembrado sin explicarla. Sus palabras invitan a la reflexión: «el que tenga oídos, que oiga» (v. 9).

Siguen unas reflexiones intermedias largas (vv. 10-17), en las que Jesús recrimina a algunos de sus oyentes por su incredulidad y declara bienaventurados a los discípulos que aquí representan a los sencillos, a los que tienen fe.

Al final del episodio, Mateo presenta a Jesús a solas con sus discípulos mientras les explica la parábola (vv. 18-23): la tierra es la persona representada en su «corazón», la sede de la inteligencia, los sentimientos y la voluntad; la semilla es la Palabra de Dios que requiere la cooperación de la tierra para poder fructificar. Tres actitudes impiden el proceso de crecimiento: la superficialidad (v. 19), el sentimentalismo (vv. 20-21) y el doble juego (v. 22).

Domingo 16 del tiempo ordinario

Primera lectura: Sabiduría 12,13.16-19

En el pecado das lugar al arrepentimiento.

El libro de la Sabiduría, el último del Antiguo Testamento cronológicamente hablando (30 aC-14 dC), es obra de un judío profundamente religioso perteneciente a la diáspora alejandrina. El autor se dirige en primer lugar a sus compatriotas judíos, cuya fidelidad estaba en peligro por el auge de la civilización alejandrina.

El libro se divide en tres partes bien diferenciadas no sólo por el estilo sino también por el contenido teológico. La primera parte (Sb 1-6) está dedicada a la oposición entre justos e impíos. La segunda parte (Sb 7-9) contiene el elogio de la Sabiduría puesto en boca de Salomón. La tercera parte (Sb 10-19) describe la actividad de la Sabiduría en la historia de Israel, insistiendo en la liberación de Egipto. Dos reflexiones o digresiones completan el cuadro: una sobre la moderación divina respecto a los egipcios y cananeos (11,15-12,27) y otra, más larga, sobre la crítica de la idolatría (cap. 13-15).

Nuestro texto (12,13.16-19), situado en la primera digresión, concluye una larga reflexión sobre el pecado idólatrico de los cananeos y su posible arrepentimiento y conversión. Las dos ideas dominantes en estos versículos son el monoteísmo de la fe israelita (v. 13) y la justicia de Dios. Al poseer la plenitud de la fuerza, Dios no necesita abusar de ella y por eso imparte su justicia con entera imparcialidad y libertad, con moderación e indulgencia para con todos (vv. 16-18). Este proceder de Dios se convierte en enseñanza para el pueblo de Israel, el cual debe aprender que el justo debe ser, como la sabiduría, «amigo del ser humano» (en nuestro texto, «humano») y que siempre hay lugar para el arrepentimiento (v. 19).

Segunda lectura: Romanos 8,26-27

El Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables.

Seguimos con el capítulo 8 de Romanos. El domingo anterior, sumidos en un contexto de tensión y tribulación, pudimos contemplar cómo la creación esperaba la gloria de los hijos de Dios y cómo los hijos de Dios esperaban la salvación definitiva. La lectura de hoy se suma a este clima de espera ardiente con «los gemidos inefables del Espíritu» (vv. 26-27). A los dolores de parto de la nueva creación y de la nueva humanidad, se

une el deseo apasionado del Espíritu que conduce a todos los creyentes hacia el Padre. Ante la intercesión del Espíritu, el Padre no puede permanecer indiferente, pues su súplica no es como la nuestra. El Espíritu sabe perfectamente lo que nos conviene y sabe pedírselo al Padre.

Evangelio: Mateo 13,24-43

Dejadlos crecer juntos hasta la siega.

Prosigue el «sermón de las parábolas» en el capítulo 13 del evangelio de Mateo. El fragmento de este domingo propone tres parábolas: la de la cizaña (vv. 24-30), la del grano de mostaza (vv. 31-32) y la de la levadura (vv. 33). Sigue una breve nota sobre el significado de las parábolas de parte de Jesús (vv. 34-35) y la explicación de la parábola de la cizaña (vv. 36-43). El leccionario permite omitir los vv. 31-43 y reducir la lectura a la parábola de la cizaña.

La parábola de la cizaña se parece a la que leímos el domingo pasado: la parábola del sembrador. Es la misma historia vista desde otro ángulo, una variación o prolongación de la misma. También ésta tiene reflejos autobiográficos de Jesús: él, que se ha pasado la vida sembrando el bien, no puede impedir que el mal también germine; tiene que contar con su presencia. En el campo sembrado, como en la realidad de nuestro mundo, conviven simultáneamente el trigo y la cizaña, el bien y el mal.

El trigo y la cizaña crecen juntos, sus raíces están entrelazadas y es difícil, por no decir imposible, separar uno del otro. Si se intenta arrancar solamente la cizaña se corre el riesgo de arrancar también el trigo. Así pues, la parábola escenifica un drama, una lucha, donde combaten el amo del campo y el enemigo, el trigo y la cizaña y también dos maneras de cosechar: arrancar o dejar que lo que ha crecido crezca hasta el final.

El punto focal de la parábola es la respuesta del sembrador a los impetuosos criados: «Dejadlos crecer juntos hasta la siega» (v. 30), es decir, hay que tener paciencia y saber esperar hasta el final. «Hasta la siega» es una expresión simbólica que apunta al final de los tiempos, al juicio final (cf. vv. 40-43). En ese momento el trigo y la cizaña se separarán definitivamente, uno se acumulará en el granero y el otro será pasto de las llamas.

Como alguien muy sabiamente ha observado, la parábola, como todas las comparaciones, es incompleta porque contempla solamente una parte de la realidad. No hay que olvidar en la realidad humana la cizaña siempre tiene la posibilidad de convertirse en trigo. Es lo que hemos leído en la primera lectura.

Domingo 17 del tiempo ordinario

Primera lectura: 1 Reyes 3,5.7-12

Pediste discernimiento.

Los dos libros de los Reyes, que originariamente constituían un solo volumen, narran la historia de la monarquía de Israel: desde los últimos años del reino de David y de la subida al trono de Salomón (aprox. 970 aC) hasta la destrucción de Jerusalén y el exilio de Babilonia (587 aC). Éste es, sin duda, el periodo más importante de la historia del antiguo Israel desde el punto de vista político, administrativo y también teológico.

La obra se compone de tres partes bien delimitadas aunque desiguales: la historia del rey Salomón (1Re 1–11), la historia de los dos reinos (el reino del norte o Israel y el reino del sur o Judá) presentada en forma sincrónica (1Re 12–2Re 17) y la historia del reino de Judá hasta el exilio (2Re 18–25).

Nuestro fragmento recoge algunos versículos salteados de 1Re 3,1-15, relato que constituye el prólogo de la historia de Salomón. Su finalidad es doble: por un lado, presentar a Salomón como el sucesor de David y, por otro, resaltar su inmensa sabiduría. De este modo, el autor establece una estrecha conexión entre el arte de gobernar con justicia y la cualidad de la sabiduría. Dicho texto suele llamarse «el sueño de Gabaón», porque cuenta cómo el Señor se le apareció en sueños a Salomón en la altura de Gabaón, a 9 km. al nordeste de Jerusalén y le invitó a pedirle lo que quisiera. Consciente de su misión, Salomón no pide favores personales sino «un corazón dócil» (en hebreo, «un corazón que escuche») para gobernar, para discernir el mal del bien» (v. 9). Su súplica es escuchada con agrado por el Señor quien le concede el don de la sabiduría, es decir, la capacidad de gobernar con sabiduría el pueblo de Dios.

Segunda lectura: Romanos 8,28-30

Nos predestinó a ser imagen de su Hijo.

He aquí otro breve fragmento del capítulo central de la carta a los Romanos. Rom 8,28-30 ofrece una visión panorámica, o si se prefiere una síntesis, de la historia de nuestra salvación desde la perspectiva de Dios.

Desde la eternidad el Padre ha amado a los que han creído en Cristo y quiere que reproduzcan la imagen de su hijo. Nadie está excluido de este proyecto salvador, porque está abierto a todo el que quiera acogerlo. En otras palabras, nadie está excluido de la salvación que Cristo ha traído a la humanidad (v. 28).

Pablo describe el proyecto salvador de Dios en forma piramidal. El vértice de la pirámide es la gloria de Dios y para llegar a ella recorre el siguiente camino: «conoce» a la humanidad desde siempre, la «predestina» a un destino grandioso (a conformarse con Cristo), la «llama» a través de la vocación a la fe, la «justifica» salvándola con su gracia y, al final, la «glorifica» invitándola a una comunión eterna con él (vv. 29-30).

Evangelio: Mateo 13,44-52

Vende todo lo que tiene y compra el campo.

El evangelio de hoy recoge las tres últimas parábolas del capítulo 13 de Mateo. Son parábolas con las que Jesús quiere ilustrar la realidad del «reino de Dios» o «reino de los cielos», según la expresión hebraizante de Mateo. Aparecen en este orden: el tesoro (v. 44), la perla (vv. 45-46) y la red barreadora (vv. 47-50). A esta última sigue una conclusión final en la que los discípulos, a pesar de sus limitaciones, acaban entendiendo las palabras del maestro (v. 51) y una especie de parábola medio insinuada (v. 52): parece que el mismo evangelista («un padre de familia») se retrata como un maestro que ha descubierto la línea de continuidad entre la Ley («cosas viejas») y el evangelio («cosas nuevas»).

La parábola de la red es paralela con la de la cizaña que leímos el domingo anterior: una red llena de peces buenos y malos que los pescadores seleccionan al llegar a la playa (entiéndase el juicio escatológico).

La parábola del tesoro y la de la perla son parábolas gemelas. Ambas transmiten el mismo mensaje aunque con imágenes diferentes. Los dos protagonistas, un labrador y un comerciante, descubren un hallazgo extraordinario. El tesoro escondido y la piedra preciosa evocan en la imaginación popular algo fabuloso, excepcional y de gran valor. Uno descubre el tesoro por casualidad y el otro la perla después de una búsqueda tenaz, pero el resultado es el mismo: ambos experimentan una gran alegría. Labrador y comerciante saben que lo que han descubierto vale más de cuanto poseen y, por eso, no dudan en tomar una decisión inteligente: venden cuanto tienen, y uno compra el campo y el otro la perla.

Lo que vale, cuesta. Descubrir el reino de Dios, o sea descubrir a Cristo, exige renunciar a todo lo que es incompatible con él, pues para quien ha descubierto el valor supremo, todo lo demás carece de valor.